on a harden mark thousand no true comme LATER OF A STREET A STREET AND A STREET OF THE STREET SEGUNDA PARTE EL MENDIGO Barrier and State and Annual Control of the Control

SELL VIDA PARTH

EL MENERED

LA SALA DE LAS PANOPLIAS

A izquierda una puerta. En el fondo una galería, en forma de claustro, á través de la cual puede verse el cielo. Muros desnudos de basalto. Conjunto rudo y severo. Panoplias completas adosadas á todos los pilares.

Al levantarse el telón, el mendigo está, en pie, en el proscenio, apoyado en su bastón nudoso, con la vista fija en tierra y, al parecer, entregado á dolorosas reflexiones.

ESCENA PRIMERA

EL MENDIGO, solo

Ha llegado el momento de dar este golpe arriesgado. Todo podría salvarse, pero es preciso arriesgarlo todo. Con la ayuda de Dios, ¡qué me importa! ¡Oh, Alemania! ¡Oh, patria! ¡Cómo han degenerado tus hijos! ¡Qué combatida te encuentro después de mi largo destierro! Han asesinado á Felipe, han envenenado á Enrique, han expulsado á Ladislao y han vendido á Ricardo Corazón de León! ¡Oh, caída profunda y espantosa! Ya no hay unidad. Los Estados han roto los lazos que les hermanaban. Veo en este país, loreneses, flamencos, sajones, morabos, francos y bávaros; pero no veo un alemán. Cada cual hace su oficio y nada más. Canta el monje, predica el sacerdote, el paje lleva la lanza de su señor, el rey duerme y los barones roban. El que no roba se con-

tenta con llorar; y nuestras gentes, como en tiempo de los emperadores sálicos, adoran la caza y besan una reliquia. Se es feroz ó se es cobarde; vil ó taimado. El conde palatino que tiene el primer voto en el colegio, después de Tréveris, lo vende; se desconoce la tregua de Dios y el rey de Bohemia, jun esclavo!, es elector. Cada cual aspira á ser más grande que los otros. Por todas partes triunfa la fuerza. El hierro del arado se hace hierro de lanza, y las hoces se van á la guerra abandonando las siegas. Todo lo invade el incendio. Cantando su canción, cada zingaro errante lleva ocultos bajo el manto desgarrado, su eslabón v su vesca. Los vándalos se instalan en Berlín, los paganos en Dantzig, y los mogoles en Breslau. ¡Qué vergüenza! No hay dinero; todo está muerto: el país, las ciudades y los campos. ¿Quién terminará la flecha de Estrasburgo? ¿Quién lleva la bandera de las villas? Los judíos, enriquecidos en las guerras civiles... ¡Horror! El Imperio tenía sólidos pilares: Holanda, Luxemburgo, Cléveris, Güeldres y Juliers...; Todos han caído! ¡Ya se acabaron Polonia y Lombardía! Por toda defensa nos quedan los débiles aguantes de Ulma y de Augsburgo. La obra de Carlomagno va no existe. Nuestra frontera se borra en Occidente, porque la alta Lorena pertenece á los condes de Alsacia, y la baja Lorena al conde de Lovaina. Los caballeros teutónicos murieron; sólo quedan veintiocho y cien pajes de guerra. Y mientras tanto, el danés nos amenaza; Inglaterra atiza la discordia entre güelfos y gibelinos; el lorenés nos traiciona; Brabante ronca; amaga un incendio en Turín; Felipe Augusto se fortifica; Génova reclama un impuesto; el Santo Padre en Roma, sueña, sobre su silla, dudoso y altanero; y ante semejante destino, Alemania está sin jefe. Los electores, divididos, abriendo cada uno una llaga en la patria, coronan cada cual á quien les parece y hacen destrozar el Imperio por cuatro emperadores, en Amberes, en Ratisbona, en Lubeck y en Espira, como el cuerpo de un mártir, descuartizado por cuatro caballos salvajes. ¡Alemania, Alemania, desdichada Alemania!...

(Su cabeza cae sobre su pecho; sale, á pasos lentos, por el fondo. Отвекто, que habrá entrado un poco antes, le sigue con la vista. El mendigo se sepulta bajo los arcos de la galería. Repentinamente el rostro de Otberto resplandece de alegría y de sorpresa: aparece Regina por el lado opuesto al que ha dado salida al mendigo; se la ve radiante de felicidad y de salud.)

ESCENA SEGUNDA

OTBERTO y REGINA

OTBERTO

¡Cómo! ¿Es posible, Regina? ¿Eres tu misma?

REGINA

¡Otberto! ¡Otberto! ¡Vivo, hablo y respiro! ¡Mis pies andan sin dificultad, mi boca vuelve á sonreir, ya no sufro, ya no tengo miedo, vivo, soy feliz y soy toda tuya!

OTBERTO, contemplándola

¡Oh, felicidad!

REGINA

Esta noche no he tenido fiebre; he dormido. Sólo tu nombre ha salido de mis labios cuando hablaba en sueños. ¡Qué descanso! De verdad, no he sufrido nada. Cuando la luz del día me ha despertado, Otberto, ¡oh!, me ha parecido que volvía á nacer. Cantaban los pájaros en la claridad de mi ventana; las flores se abrían llenando el aire de perfumes frescos;

yo tenía toda el alma alegre y buscaba con los ojos lo que me enviaba aquella frescura y lo que resplandecía y cantaba en la inmensa naturaleza. Y, por lo bajo, me decía: ¡Oh, dulces pájaros, aquí me tenéis; aquí me tenéis, hermanas flores! ¡Oh, te amo, te adoro, Otberto! (Se arroja en sus brazos y, sacando de su pecho el frasco. prosigue:) ¡Este jugo es mi vida! Me has curado, Otberto; me has arrancado á la muerte, amigo mío. Ahora defiéndeme de Hatto.

OTBERTO

¡Regina, hermosura, ángel mío resplandeciente, alegría de mi corazón, no temas, que sabré acabar lo comenzado! Pero no me tengas agradecimiento. No necesito valor ni virtud para hacer esto: tengo amor. ¡Tú vives! Un nuevo día se abre á mis ojos. ¡Tú vives! En mis entrañas surge un alma nueva. ¡Oh, mírame, mírame! ¡Dios mío, qué hermosa es! Dime, de verdad ¿no sufres?

REGINA

Nada. Ya pasó el sufrir.

OTBERTO

¡Bendito sea Dios!

REGINA

¡Otberto mío, bendito seas tú! (Ambos permanecen un instante silenciosos y abrazados. Luego REGINA se suelta de los brazos de OTBERTO.) ¡Oh, oh! Me espera el conde Job. Ya lo olvidaba. Adiós, bien mío; antes he querido verte á ti para decirte que te amo. Estoy contenta. Adiós.

OTBERTO

¡Regina! ¡Vuelve!

REGINA

En seguida. Pero el anciano me espera. Corro á verle.

OTBERTO

¡Gracias, Señor, está salvada!

(Guanhumara aparece en el fondo del teatro.)

ESCENA TERCERA

OTBERTO y GUANHUMARA

GUANHUMARA, dando con la mano en el hombro de Отвекто

¿Estás contento?

OTBERTO, con horror

¿Eres tú?

GUANHUMARA

Ya lo ves. He cumplido mi promesa.

OTBERTO

Yo cumpliré mi juramento.

GUANHUMARA

Sin piedad.

OTBERTO

Sin cobardía... (Aparte.) ¿Sabré matarme luego?

GUANHUMARA

Hoy te esperarán á la media noche.

OTBERTO

¿Dónde?

GUANHUMARA

Ante la torre de la bandera negra.

OTBERTO

Es un sitio temido y nadie se aventura por allí. Dicen que en el peñasco hay una mancha extraña.

GUANHUMARA

Una mancha de sangre que desciende del muro, bajo una ventana, al borde del torrente.

OTBERTO, con horror

¡Es sangre! Ya lo ves, la sangre mancha y consume.

GUANHUMARA

La sangre lava y sosiega.

OTBERTO

Ordena, pues, á tu esclavo. ¿A quién encontraré en el sitio que me indicas?

GUANHUMARA THE STATE OF THE STA

Encontrarás á un hombre enmascarado y solo.

OTBERTO

¿Y después?

GUANHUMARA

Le seguirás.

OTBERTO A STATE OF THE STATE OF

Está bien.



GUANHUMARA coge vivamente el puñal que lleva otberto en su cintura, lo saca de la vaina y clava en la hoja una mirada terrible; luego levanta los ojos al cielo.

¡Oh, vastos cielos! ¡Profundidades sacras! ¡Igual serenidad de las bóvedas azules! ¡Oh, noche llena de majestad en la tristeza! ¡Oh, compañero fiel, viejo garfio de mi cadena! Yo os hago testigos, á la vez que

á vosotras, paredes de este castillo y encinas de estos bosques, que consagro esta daga para Fosco, barón del monte y del llano, sombrío como la noche y viejo como las encinas.

OTBERTO

¿Quién es Fosco?

GUANHUMARA

El que debe morir á tus manos. (Le devuelve el puñal.) Hasta la noche.

(Sale por la galería del fondo sin ver á Jos ni á Regina, que entran por el lado opuesto.)

OTBERTO, solo

¡Cielos!

ESCENA CUARTA

OTBERTO, REGINA y JOB

REGINA entra corriendo, luego se vuelve hacia el conde Job, que la sigue con paso torpe

Sí, puedo correr; mirad, corro. (Se acerca á Otberto, que todavía parece escuchar las últimas palabras de Guanhumara y no la ha visto entrar.) ¡Otberto, somos nosotros!

OTBERTO, como despertándose, con sobresalto

¡Ah! Señor... Condesa...

JOB

Esta mañana se doblaban mis tristezas. Lo que ayer nos dijo el mendigo, se hincaba en mi cabeza como un rayo de Dios. (A Regina.) Además, pensaba en ti y en lo enferma que estabas; en tu madre, sombra triste y dolorosa... (á Otberto) y de repente veo entrar en mi cuarto á esta criatura, fresca, colorada, con la cara alegre y el aire triunfante. ¡Qué milagro! Río, lloro y no sé qué hacerme. «Vamos á darle gracias al señor Otberto», me dice. Yo le respondo: Corramos á darle gracias á Otberto. Y hemos atravesado el viejo castillo...

REGINA, alegremente

Y hemos venido hasta aquí corriendo los dos.